

BOLETÍN

de

INFORMACIÓN

del Comité regional del País valenciano
del Partido Obrero de Unificación Marxista

Año I.- Número 7

Sábado, 4 de junio de 1938

Y A LOS MUERTOS, ¿ QUIÉN LOS AMNISTIARÁ ?

No guió en verdad el acierto a la pluma que trazara la declaración de fines de guerra formulada por el gobierno de la República al incluir entre ellos una "amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la inmensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España". Pues a nadie que, injustamente agredido, se está defendiendo se le ocurriría responder a quien le preguntase por qué pega a su agresor que lo hace para poderle perdonar. La oferta de una amplia amnistía puede ser un piadoso propósito para después de lograda, con la victoria, la paz; puede ser otras muchas cosas; pero no puede ser nunca un fin de guerra.

Tampoco se expresa seguramente con toda propiedad el pensamiento de los autores del famoso documento cuando se dice en él que se amnistiara a "todos los españoles que quieran cooperar a la inmensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España". Pues es de suponer que todos los españoles no hemos delinquido, y que, por tanto, no todos necesitamos amnistía. La necesitarán los que se sublevaron, los que han entregado dos tercios del suelo nacional a ejércitos invasores, los que han destruido Guernica, Durango y Sagunto, y bombardean Madrid y Barcelona, Valencia y Alicante, Castellón y Granollers, la Biblioteca Nacional y el Museo del Prado, los que han realizado las matanzas de Badajoz, de Sevilla, de La Coruña... Hablando con propiedad, habría, pues, que brindar amplia amnistía a "todos los españoles que, después de destruir y arruinar a España, quieran cooperar a la inmensa labor de reconstruirla y engrandecerla".

Por otra parte, ofrecer amplia amnistía a los criminales en el momento mismo en que están perpetrando su crimen, sin otra condición que la de que, cuando lo hayan consumado, colaboren a reparar los daños materiales reparables, revela una insólita magnanimidad de corazón.

Y no es que nos cerremos aquí a toda idea de amnistía. La amnistía tendrá su hora, pero como cada hora tiene su afán, el de la que vivimos no puede ser otro que la victoria. La paz será el de la hora siguiente, y la consolidación de la victoria el de la posterior. Después, consolidada la victoria, cortados los puentes del camino de retorno al pasado, al abrigo de todo riesgo de nueva agresión de las fuerzas contrarrevolucionarias, en buena vía la reorganización y la reconstrucción de España, será el momento de amnistiar a los culpables y a los cómplices de la tragedia que se está desarrollando sobre nuestro suelo. Claro es que todo esto tiene una premisa: que la guerra ha de terminar con nuestra victoria. Porque si nos resignáramos a otro desenlace, más nos veríamos en trance de postular que de brindar amnistías.

No nos cerramos a toda idea de amnistía. Y no por razones

sentimentales. Si a escuchar el solo dictado de los sentimientos fuéramos, no podríamos acceder al perdón. Son demasiadas las ruinas amontonadas ante nuestros ojos, excesiva la sangre que empapa nuestros campos, mucho el dolor acumulado en nuestros corazones desde el 18 de Julio para que pudiéramos dejar paso a la compasión hacia unos vencidos que, al levantarse en armas, no la sintieron por España ni por cientos de millares de sus hijos; que, si la suerte de las armas nos fuera adversa, ni olvidarían ni perdonarían. La amnistía es siempre una medida política. Por serlo se diferencia del indulto, simple acto de perdón. Después de toda conmoción política o social que enfrenta en un país a un sector contra otro, una vez consolidado en el poder el vencedor, plenamente sometido y puesto en la imposibilidad de reincidir el vencido y reparados los efectos de la lucha, se juzga llegada la hora de reincorporar a la vida social a los que, -cualquiera que fuese el móvil que a ello les guiase-, se salieron de sus normas.

Clase explotada y oprimida por el capitalismo, no aspiramos los trabajadores a erigirnos en clase explotadora y opresora. No nos proponemos el exterminio físico de todos nuestros adversarios, ni pretendemos convertir en manadas de indigentes a los que nos insultan con su riqueza y con su lujo. Ambicionamos libertarnos de la opresión y emanciparnos de la explotación, y hacer imposible su retorno, y lo que nos importa es la destrucción de la clase dominante que encendió la guerra civil en Julio, que no la de sus componentes. Pero a éstos hay que someterlos, obligarlos a deponer las armas, colocarlos en la imposibilidad de volverlas a empuñar y de perturbar de cualquier modo la reconstrucción de España sobre nuevas bases. Logrado esto, para nada necesitamos en presidios o en campos de concentración a unos millares de hombres. Puede entonces, sin peligro para el pueblo, para sus instituciones y sus conquistas, dejárseles reintegrarse a la libertad contra la cual lucharon y que, en el cautiverio, acaso hayan aprendido a amar.

Esa es la amnistía que podremos aceptar. Una reedición de la que el gobierno radical y la Cámara cedista de noviembre de 1933 concedieron a Sanjurjo y a los demás sublevados del 10 de agosto para, que con mayor desembarazo pudieran organizar el alzamiento del 18 de Julio, en el que amnistiadores y amnistiados habían de encontrarse en el mismo lado de la barricada, no tendrá nunca nuestra aquiescencia. Los cientos de millares de trabajadores caídos luchando por la Libertad no han sacrificado sus vidas para que los supervivientes, como si nada hubiera pasado, se reconcilien alegremente con los culpables de la inmensa tragedia que estamos viviendo.

La oferta de una amplia amnistía habrá despertado en las prisiones de la República encontrados sentimientos. Habrá serenado el ánimo de los fascistas encarcelados, seguros ya de no perder, pase lo que pase, que si no son vencedores sus partidarios, serán amnistiados los vencidos. Y habrá dolorido el espíritu de los antifascistas presos. Pues los hay, y algunos extinguen condenas. Unos por haber efectivamente delinquido; por haber transgredido simplemente viejas prescripciones legales, otros; víctimas no pocos de pasiones partidistas desatadas y de procedimientos policíacos y judiciales establecidos al amparo de la guerra, del ambiente de violencia que ella crea y de la mordaza, voluntaria o impuesta, que reduce al silencio a la opinión pública. ¡Si al menos los que brindan la amnistía a los fascistas hubieran comenzado por amnistiar a los antifascistas! Pero no; éstos pueden esperar. También les alcanzará la amnistía, desde luego. Recobrarán la libertad al mismo tiempo que los fascistas, se les restituirá a su trabajo como a los generales sublevados a sus grados, honores y prerrogativas; se les devolverán sus derechos políticos cuando a los capitalistas facciosos sus bienes.

No se quejen, sin embargo, los antifascistas presos. Ellos, al fin, recobrarán la libertad. Pero, y a los muertos, ¿quién los amnistiará?

---:---:---:---:---:---:---:---

SI LA GUERRA SE GENERALIZARA ...

Europa está muy cerca de la catástrofe. Y no sólo Europa: lo está el mundo entero, pues el incendio, en cuanto surja, se correrá de uno a otro continente con vertiginosa rapidez.

La paz del mundo en peligro

La agresión italiana contra Abisinia puso ya, hace dos años y medio, en grave riesgo la paz del mundo. Las potencias llamadas democráticas, particularmente Inglaterra, sacrificando sus intereses, evitaron la guerra. ¿Por amor a la paz? Sin duda, no. Porque su potencial bélico no había alcanzado el grado de perfeccionamiento necesario para afrontar con las indispensables probabilidades de éxito una contienda armada.

La intervención italoalemana en la guerra civil española volvió a poner en peligro la paz de Europa y del mundo. Italia y Alemania transformaron, apenas iniciada, la contienda desencadenada sobre el solar ibérico por la rebelión de los generales fascistas en guerra de invasión. No era sólo la independencia de España lo que la intervención italogermana en nuestra guerra civil ponía en grave riesgo. Los intereses de Inglaterra y de Francia sufrían al propio tiempo quebranto considerable. Dueña de las Baleares -salvo Menorca, en poder de la República- y de parte del litoral mediterráneo de la Península, Italia queda en condiciones de cortar, o, al menos, de dificultar enormemente las comunicaciones de Francia con sus colonias norteafricanas. En posesión de la zona del norte de Marruecos, que los tratados colocaron bajo el protectorado español, Alemania puede neutralizar el dominio que la posesión del Peñón de Gibraltar da a Inglaterra sobre el Estrecho. En manos de los generales facciosos, vasallos de Alemania y de Italia, buena parte de la frontera pirenaica, a Francia se le crea, para cuando la guerra llame a su puerta, un tercer frente. Pero la guerra que se desarrolla en España fuerza a Francia y a Inglaterra a optar entre dos peligros: el de un triunfo fascista, que significaría una victoria italogermana, con el consiguiente reforzamiento de las posiciones de los dos grandes países fascistas en la política internacional, y la conversión del territorio español en base de operaciones contra Francia e Inglaterra en la próxima guerra, o el de una victoria rotunda del pueblo español, que no sólo restauraría la integridad territorial y la plena independencia de España, sino que constituiría también un triunfo de la revolución española que el 19 de Julio, al aplastar en media España la rebelión fascista, entró derechamente en el estadio de la revolución socialista. Ni una solución ni la otra sonríen a los capitalistas de Francia y de Inglaterra. Y además, subsisten las condiciones de inferioridad desde el punto de vista militar que determinaron la actitud de las potencias llamadas democráticas ante la guerra italoabisinia. De ahí la política de No intervención encaminada a localizar la guerra española primero, y a prolongarla después con la esperanza de agotar las fuerzas de unos y de otros contendientes y llevarnos a un arreglo que no signifique ni la victoria del fascismo ni el triunfo de la revolución.

De nuevo volvió a correr peligro la paz del mundo cuando el Japón atacó e invadió a China, infligiendo de paso un duro golpe al pres-

tigio y a los intereses de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unidos. La República norteamericana pareció querer esbozar una actitud defensiva; Inglaterra y Francia no se manifestaron decididas a secundarla. Y sólo la resistencia del ejército chino, más tenaz de lo que los generales nipones esperaban, ha detenido la progresión de las armas japonesas en China.

La invasión de Austria por Alemania puso de nuevo, y más que nunca, al mundo al borde de la guerra. No obstante, Francia e Inglaterra se resignaron a encajar esta nueva bofetada. No tampoco, ciertamente, por amor a la paz, a una paz imposible, por otra parte, de mantener en el mundo capitalista, pues mientras hacen concesiones y van tolerando a Italia y a Alemania sus bravatas fascistas aceleran su preparación para la guerra.

En fin, he aquí que otra vez, en estos días, ha estado a punto de producirse la gran conflagración. Esta vez el país escogido como víctima del imperialismo fascista alemán -Checoslovaquia- no se ha mostrado resignado, como Austria, a sucumbir, ni Francia e Inglaterra han considerado posible inclinarse una vez más ante Hitler, por poderosas que sean las razones que les inducen a demorar una guerra que saben inevitable y para la cual se preparan febrilmente.

Alemania, al encontrar por vez primera en las llamadas potencias democráticas una actitud resuelta, ha vacilado en desencadenar la guerra. La contienda inevitable ha sufrido un nuevo aplazamiento. Que puede muy bien ser sólo de algunas semanas o, incluso, de algunos días.

La guerra mundial, inevitable

El mundo está irremediabilmente condenado a desangrarse en una nueva conflagración armada. Si Francia e Inglaterra aparecen como campeones de la paz y sacrifican resignadamente intereses y prestigio por evitar el desencadenamiento de la contienda es porque no se sienten suficientemente preparadas para afrontar la lucha. Ceden ante los desplantes y las actitudes provocativas de los fascismos italiano y alemán para ganar tiempo, el necesario para rehacer su potencia militar. Los imperialismos fascistas han ganado la partida de los armamentos a los imperialismos democráticos. Bajo el régimen fascista, que oprime brutalmente al proletariado, que destruye toda posibilidad de oposición, las masas populares no pueden hacer la menor obstrucción al aumento incesante y desenfrenado de los armamentos ni ofrecer la menor resistencia a los duros sacrificios que para la preparación de la guerra se les impone. En cambio, en los países imperialistas de régimen democrático, como Francia e Inglaterra, los gobernantes tienen que tener en cuenta la repugnancia de las masas populares a la guerra y no disponen de la ilimitada libertad de movimientos que los gobernantes fascistas para obligar a los trabajadores a soportar penosos sacrificios. La mayor rapidez de Italia y de Alemania en armarse explica su insolencia y la cautela con que Francia e Inglaterra se mueven en el terreno internacional, cautela que, a su vez, excita los apetitos de los imperialismos hambrientos italiano y alemán.

Pero no es seguro que Inglaterra y Francia logren aplazar el estallido de la guerra inevitable hasta el momento en que sus armamentos estén a punto. Ambos países han podido encajar la conquista de Etiopía, la intervención italogermana en España, la invasión nipona de China, la anexión "manu militari" de Austria por Alemania. Ya no han podido encajar la agresión alemana contra Checoslovaquia. ¿Podrá abandonar Francia a su aliada checoeslovaca en guerra contra Alemania? Francia ya ha dicho que a tanto no puede llegar en el terreno de las concesiones. ¿Podrían abandonar Inglaterra y la U.R.S.S. a su aliada francesa? Los gobiernos de ambos países han pronunciado palabras que no dejan lugar a duda. Hitler y Mussolini han podido ir repetidas ve-

ves, sin tropiezo, a la fuente, pero necesariamente un día u otro se romperá el cántaro, incluso si los demás prefieren aguardar a ocasión más oportuna para estréllarlo contra el suelo.

No deben engañar a nadie las apariencias.

Si, en fin, surge la guerra, y en ella se enfrentan los grandes Estados democráticos -secundados por algunos satélites que bordean el fascismo en sus métodos de gobierno- y la Unión Soviética con los Estados fascistas, ¿qué actitud deberá adoptar el proletariado en todo el mundo y en cada país, y, más concretamente, en España?

Es preciso que ningún trabajador se deje engañar por las apariencias. Y éstas darán a la guerra hacia la que marchamos a la carrera el aspecto de una lucha entre el fascismo y la democracia, y en algún país, en la Unión soviética concretamente, el de una contienda entre el fascismo y el socialismo. La verdad es muy otra. La pugna que desemborará en la guerra se desarrolla entre los imperialismos victoriosos en la pasada conflagración que en ella pudieron satisfacer sus apetitos de colonias y de mercados y los imperialismos, vencedores unos y vencidos otros entonces, que no hallaron en ella las ventajas que buscaban, y aún algunos perdieron las que tenían. Será una pugna entre los viejos y los jóvenes imperialismos por el reparto del mundo. Francia e Inglaterra, los primeros llegados al estadio imperialista, posee la mayor cantidad de colonias. Ni Italia ni el Japón obtuvieron, a pesar de figurar en el bando de los vencedores, la parte de botín a que aspiraban. Alemania, vencida, perdió sus colonias, y aun vió amputados trozos de su territorio. El rencor creado en una parte de la población de estos dos últimos países por este desenlace, las dificultades hechas de la guerra y los errores acumulados por los jefes del movimiento obrero, que, en Italia como en Alemania, dejaron pasar ocasiones únicas para llevar la revolución a la victoria, factores todos ellos hábilmente explotados por las clases dominantes, dieron nacimiento al fascismo. El fascismo es, pues, una consecuencia, y no la causa del desenfreno de los apetitos imperialistas de los capitalismo italiano y alemán. La próxima guerra será, exactamente igual que la anterior, una guerra imperialista, aunque no todos los países que a ella se vean arrastrados vayan movidos por impulsos imperialistas.

La Unión Soviética, por ejemplo, no puede ser incluida en el grupo de los Estados imperialistas, aunque esté ligada a algunos de ellos por pactos políticos y militares. La U.R.S.S. tenía que optar entre una política de aislamiento o una política de alianzas. No había ningún otro país en que el poder estuviese en manos del proletariado. Seguramente, en buena parte, a causa de la política desafortunada de los hombres que han venido dirigiendo desde 1917 hasta ahora a la vez el partido gobernante en Rusia y el Estado soviético y la Internacional Comunista. Pero, cualesquiera que sean las causas, el hecho es éste: que la Unión soviética no podía buscar apoyos en otro o en otros Estados proletarios contra el mundo capitalista. Por ello se ha visto forzada a buscar concursos en unos Estados capitalistas contra otros. Sin ser un Estado imperialista, la U.R.S.S. intervendrá en una guerra imperialista al lado de Estados imperialistas. Esa será la penitencia que la Historia le impondrá por los pecados cometidos por los hombres que han regido sus destinos en los últimos veinte años.

Las primeras batallas de la guerra mundial se están riñendo en España

En la guerra mundial, que acaso estalle antes de que la paz se restablezca en nuestro país, intervendrá también España. ¿Cómo no, si nuestra guerra no es otra cosa que los primeros combates de la guerra mundial, si ésta no será otra cosa que la extensión, la generalización

de la guerra que se desarrolla sobre el suelo español? A España han venido los ejércitos alemán e italiano, aprovechando la guerra civil desensadenada por los generales fascistas, a los que los gobernantes de Alemania y de Italia alentaron y ofrecieron apoyos antes de que iniciasen su levantamiento criminal, a satisfacer los apetitos de sus imperialistas: a apoderarse de nuestras riquezas naturales, a crear bases de valor estratégico inestimable para la próxima guerra. La guerra que se desarrolla en nuestro país es el preludio de la guerra mundial.

La posición clásica de los jefes reformistas del movimiento obrero ante la guerra

Si la guerra se generaliza, ¿qué actitud le cabe adoptar al proletariado?

En 1914, los jefes de los partidos socialistas y de los sindicatos obreros adoptaron, en general, una actitud favorable a la guerra. Lo mismo en uno que en otro de los bandos contendientes, las fuerzas socialistas y sindicales, inspiradas por sus jefes, realizaron la unión sagrada con sus burguesías respectivas. Renunciaron, mientras durase la guerra, a la lucha de clases. Dejó de ser el enemigo la propia burguesía para pasar a serlo en bloque las naciones -burguesía y proletariado- con cuyos ejércitos se desarrollaba la lucha armada. Los parlamentarios socialistas se hicieron representar en los gobiernos. Y para justificar esta política, presentaron la guerra, en cada país, como una lucha por el derecho y por la civilización. Cada burguesía se pretendía víctima de una agresión injustificada y, por su parte, se proclamaba desprovista de todo propósito imperialista. Los partidos y los sindicatos obreros, por boca de sus jefes, garantizaron la pureza de intenciones de sus burguesías respectivas y de sus gobiernos. Esta fué la actitud de la inmensa mayoría de los jefes socialistas en el curso de la Gran Guerra. Esta es la posición clásica de los reformistas del movimiento obrero en presencia de una contienda imperialista.

La posición clásica del movimiento obrero revolucionario ante la guerra

El movimiento obrero revolucionario ha adoptado su línea de conducta al carácter que presente cada guerra. Ha considerado que pueden presentarse tres casos: una guerra entre dos naciones o dos grupos de naciones imperialistas; una lucha entre un Estado imperialista y un pueblo colonial o semicolonial, o entre un país o un grupo de países imperialistas y un Estado o un grupo de Estados obreros.

En el primer caso, el de una guerra entre países imperialistas, el deber del proletariado de uno y de otro lado de las trincheras es oponerse a la matanza, negar su colaboración a la burguesía y a sus gobiernos, preconizar la fraternización en los frentes entre los soldados de uno y de otro lado, y, lejos de renunciar a la lucha de clases, proseguirla, acentuándola y aprovechando la crisis y las dificultades inherentes a la contienda para transformar la guerra imperialista contra el enemigo exterior en guerra civil contra el enemigo interior, la propia burguesía, precipitando la caída de la dominación capitalista.

En el segundo caso, de una guerra entre un Estado imperialista y un pueblo colonial o semicolonial, no puede ser la misma la actitud del proletariado de un país y la del del otro. La clase obrera del país imperialista debe combatir a su propia burguesía, debilitarla, crearle dificultades, apoyando por todos los medios posibles al pueblo que lucha por su independencia. Por el contrario, el proletariado del

pueblo colonial o semicolonial que se enfrenta con un Estado imperialista debe estar a la cabeza de la lucha por la independencia nacional y colaborar con todas las fuerzas sociales y políticas que participen en ella y en la medida en que en ella participen.

En fin, en el tercer caso, el de una guerra entre uno o varios Estados capitalistas y uno o varios Estados proletarios, el deber de proletariado de los Estados del primer grupo es actuar como aliado de los trabajadores a los que su país hace la guerra y como enemigo de su propia burguesía, llevando la lucha en este sentido a las últimas consecuencias.

Un factor nuevo: el fascismo

La guerra mundial que se nos echa encima a pasos agigantados, y cuyos primeros episodios estamos viviendo en España, será, como hemos dicho, una contienda imperialista, un choque entre los imperialismos hartos y los imperialismos hambrientos de colonias y de mercados. Los azares de la política internacional han hecho que, por el juego de sus alianzas, la Unión soviética figure al lado de los imperialismos hartos. No por ello dejará la guerra de ser imperialista. No dejará, tampoco, de serlo por el hecho de que España, codiciada por los imperialismos hambrientos como base de operaciones contra los imperialismos hartos, y envuelta ya en los horrores de la guerra, intervenga en ella, cuando se generalice, al lado de los imperialismos francés e inglés, y acaso del norteamericano.

Por tratarse de una guerra imperialista, ¿podrán los trabajadores de Francia y de Inglaterra, podrá la clase obrera española adoptar desde el primer momento, pura y simplemente, la posición que determinó el congreso socialista de Stuttgart en 1907, la adoptada más tarde, en sus primeros años, por la Internacional Comunista? ¿Podrán condenar la guerra, negar toda colaboración a sus gobiernos, adoptar una posición derrotista?

Ha surgido en el mundo un hecho nuevo, que determina nuestra táctica, sin dejarnos lugar a la opción. Este hecho es el fascismo. Y en la próxima guerra van a hallarse casi seguramente en el mismo lado de la barricada los dos países típicamente fascistas, Italia y Alemania, y el Japón, en el que los procedimientos fascistas vienen a injertarse en los clásicos procedimientos asiáticos de gobierno de aquel país. Es decir, que, a un lado, habrá Estados capitalistas e imperialistas, que explotan, además de a su propia clase obrera, a millones de desdichados coloniales, pero en los que cada ciudadano tiene un mínimo de derechos, ciertas libertades, la posibilidad de expresarse y de organizarse, y donde la clase obrera puede agruparse para la defensa de sus intereses, para la conquista de sus aspiraciones. Con todos los horrores del régimen capitalista y del imperialismo -en particular en las colonias-, en estos países el nombre no es un simple instrumento al servicio del Estado todopoderoso del Estado-Moloch. En los países fascistas, por el contrario, el hombre ha sido despojado de todos los atributos de su personalidad. Bajo las más férreas y bárbaras dictaduras del pasado, al ciudadano le estaba prohibido discrepar del dictador, pero si callaba, podía vivir en paz, y en ocasiones los pueblos encontraban en el silencio una manera elocuente de expresar sus sentimientos. Las dictaduras de otros tiempos amordazaban. Les estaba reservado a los regímenes totalitarios de nuestros días llegar a más: hacer forzosa la adhesión al dictador. No basta resignarse a soportarlo en silencio: hay además que aplaudirle, darle el voto, sonreírle, vitorearle y saludarle de una determinada manera. De ahí que un pueblo sometido a un régimen totalitario no sea sólo un pueblo esclavizado, explotado, humillado, vejado, sino algo peor: un pueblo envilecido, encanallado, caído en la abyección, donde toda -miseria moral crece lozana. En estas condiciones, la táctica establecida para una guerra entre Estados imperialistas aproximadamente del mismo tipo no puede ser aplicada. Si los trabajadores franceses e ingleses adoptasen una actitud que pudiera debilitar, a la vez que a su burguesía, a su ejército, sin que los

proletarios de Alemania y de Italia, encuadrados, -muchos de ellos, es cierto, por la fuerza- en las organizaciones fascistas y envenenados por su propaganda, observasen idéntica conducta, inconscientemente servían los intereses de los imperialismos fascistas.

Por añadidura, la guerra cuyas primeras batallas se desarrollan en China y en España presentará características muy diferentes a las que ofrecía la de 1914-1918. En esta última no estaba en juego la independencia nacional de la mayoría de los países que en ella intervinieron. No estaba en juego la independencia de Rusia, ni la de Inglaterra, ni la de Francia, ni la de Italia, ni la de los Estados Unidos, ni la de Alemania. Estos países sólo arriesgaban sus colonias, los territorios arrebatados por la fuerza a otros países, el dominio sobre centros productores de materias primas esenciales, el acceso a los grandes mercados del mundo. En suma, los países vencidos en 1918 han conservado su independencia nacional, y no les ha costado mucho, a Turquía primero y a Alemania después, derogar por su propia voluntad las cláusulas más onerosas de los tratados impuestos por los vencedores. El imperialismo alemán perdió su rango en el mundo con la derrota militar. Pero ésta no reforzó las cadenas de la explotación económica que oprimen al proletariado con las de la opresión nacional. Y aun aumentó su fuerza -aunque fuese incapaz de servirse de ella para emanciparse- al ponerle en presencia de un capitalismo quebrantado por el desenlace desdichado de la guerra.

Tampoco en la contienda de 1914-1918 se proponía ninguno de los bandos contendientes imponer a los países que formaban el otro una determinada forma de gobierno. Si Alemania, Austria y Turquía adoptaron la forma republicana, Hungría y Bulgaria han conservado la monarquía.

Por el contrario, en la guerra mundial en cuyas primeras batallas somos actores estará en juego la independencia nacional de los países que se enfrentarán con los Estados fascistas. Si la coalición italogermanonipona triunfase, los países vencidos no sólo serían despojados de colonias, privados de fuentes de materias primas y arrojados de los mercados del mundo, sino que, a través de las organizaciones fascistas indígenas, algunos de ellos al menos se convertirían de hecho en colonias de los Estados fascistas vencedores, aunque conservasen una apariencia de independencia nacional.

Y, en fin, en la guerra próxima a correrse al mundo entrará en juego un factor desconocido en la de 1914-1918. En esta última el enemigo estuvo siempre al otro lado de las trincheras. Ahora no ocurrirá siempre así. En Francia, sobre todo, las organizaciones fascistas, que no carecen de fuerza, son verdaderas agencias al servicio del fascismo italoalemán. Es decir, que los Estados imperialistas de tipo fascista se disponen a atacar a los Estados imperialistas de tipo democrático a la vez de frente y por la espalda.

Es mucho, pues, lo que se jugará el proletariado en la contienda mundial que se avecina para que pueda alegremente ponerlo en peligro. Al empuñar las armas contra Alemania e Italia, el obrero francés y el obrero inglés lucharán -de eso no debe haber ninguna duda- por los intereses de sus propias burguesías imperialistas, pero al mismo tiempo combatirán por conservar los derechos y las libertades y el nivel de vida conquistados durante largos años de luchas y a través de varias revoluciones. Y esos derechos, esas libertades, ese nivel de vida le abren posibilidades para nuevos avances. Además, el obrero francés y el proletario inglés, al empuñar las armas contra los imperialismos fascistas alemán, italiano y japonés, si bien servirán los intereses de sus propias burguesías imperialistas, se convertirán en aliados del pueblo etíope que aun resiste contra la invasión italiana y del pueblo chino que se defiende heroicamente contra los ejércitos

pones y de los obreros y los campesinos españoles que desde hace ya casi dos años disputan palmo a palmo el suelo a los fascistas sublevados y a los ejércitos invasores alemán e italiano. Desde el primer momento, el proletariado de los países democráticos, al empuñar las armas, aunque luche por los intereses de su burguesía, servirá a la vez los de los pueblo que han sido las primeras víctimas de los imperialismos fascistas.

Y, al mismo tiempo, lucharán también por la libertad de los propios pueblos italiano, alemán y japonés. Si los Estados fascistas triunfasen en la guerra que es ya inevitable, su prestigio y su fuerza se añazarían no sólo en el exterior, sino también en el interior. Difícilmente se derrumbarán sin una derrota militar los regímenes fascistas de Italia, Alemania y Japón. Para que los trabajadores revolucionarios que en esos tres países sufren bajo la opresión fascista puedan romper las cadenas que les oprimen, para que los trabajadores envilecidos por la propaganda fascista en sus múltiples formas sufran la sacudida brutal que despierte en ellos la personalidad dormida, es necesaria, absolutamente necesaria la derrota militar aplastante de los Estados que forman el triángulo Berlín-Roma-Tokío.

Frente antifascista internacional.

En suma, cuando estalle la guerra entre el bloque de los Estados imperialistas hartos -Francia, Inglaterra y los Estados Unidos- y el de los Estados imperialistas hambrientos -Alemania, Italia y el Japón- los trabajadores de los Estados llamados democráticos, al empuñar las armas sin protesta y acudir a los frentes, no harán, más que aplicar la política del frente antifascista. Nadie que haya comprendido la necesidad de esta política podrá preconizar otra línea de conducta a los trabajadores de los países democráticos cuando el incendio de la guerra tiña de rojo el horizonte.

Empuñando las armas contra los ejércitos de los Estados fascistas, los obreros de los países democráticos defienden las posiciones adquiridas por sus propias burguesías imperialistas, consolidan -de momento, al menos- la dominación de sus enemigos de clase en sus propios países. Es cierto, Pero, ¿es que cuando los obreros constituyen con las fuerzas de izquierda de la pequeña burguesía una alianza electoral y votan en una misma candidatura a representantes de partidos burgueses y a militantes proletarios, no sacrifican una parte de su libertad de crítica y de acción -en toda alianza tanto unos participantes como otros han de consentir necesariamente mutuos sacrificios- y, al poner a sus actividades revolucionarias el tope impuesto por la necesidad de mantener la alianza, no hacen al aliado burgués concesiones favorables -momentáneamente, al menos- a la continuación de sus privilegios de clase?

Cuando la guerra mundial estalle, el frente antifascista se extenderá, por encima de las fronteras, a todos los países que se sitúen frente a los Estados fascistas y adoptará una modalidad nueva. Y al extenderse, aumentarán en la misma proporción sus ventajas -la posibilidad de aplastar por la fuerza a los regímenes fascistas- y sus inconvenientes: los peligros que implica toda alianza de la clase obrera con la burguesía.

Vencer al fascismo para reanudar la lucha contra todo el sistema capitalista

Si el proletariado, en presencia de este nuevo fenómeno social que es el fascismo, ante el retroceso que representa en la vida política y social de los pueblos, incapaz de darle por sus propios medios la batalla con probabilidades de éxito, se ve obligado a coaligar sus fuerzas con las de ciertos sectores de la burguesía, y se verá mañana obligado a empuñar las armas en una guerra contra los Estados fascistas y a renunciar momentáneamente a la actividad revolucionaria que sin la presencia de este factor desarrollaría, no por eso debe renunciar indefinidamente a sus aspiraciones y a la lucha sin la cual nunca las hará plasmar en la realidad.

Hemos dicho que toda alianza pone un tope a las actividades propias, peculiares de quienes de ella forman parte. Por eso el proletariado no puede establecer alianzas con fuerzas de otras clases sociales si no es con carácter transitorio y para fines bien concretos. Si la guerra que el fascismo ha desencadenado en China y en España se generaliza la alianza del proletariado y de la burguesía de los países que se enfrentan con los Estados fascistas ha de tener un objetivo bien concreto y limitado: la derrota militar de estos últimos, situación que creará en condiciones favorables para la revolución. Pero en cuanto los Estados fascistas estén militarmente vencidos o sus pueblos se levanten contra la tiranía que sufren, el proletariado de los países llamados democráticos ha de poner inmediatamente término a la tregua establecida con su propia burguesía, reanudando la lucha de clases interrumpida por un momento y aprovechando, como aconsejaba en su Congreso de Stuttgart la Internacional socialista, la crisis que toda guerra provoca, aun en los países vencedores, para precipitar la caída de la dominación capitalista. Todo aquello que pudiese debilitar la potencia militar de un país en guerra con un Estado fascista sería un grave error que sólo podría tener consecuencias favorables para el fascismo, pero toda prolongación de la tregua impuesta a la lucha del proletariado contra su burguesía por la necesidad de vencer al fascismo sería un crimen. El proletariado ha de moverse en medio de profundas contradicciones. Por eso mismo necesita obrar con extraordinario tacto político, con clara visión de la realidad, sin aferrarse a fórmulas que fueron justas en circunstancias diferentes y sin dejarse ganar por las apariencias. Y ha de proceder con flexibilidad, adaptando su política a las circunstancias, modificando su línea de conducta a medida que las circunstancias se modifiquen. El proletariado ha de unirse a su burguesía -aunque sus objetivos sean no sólo diferentes, sino antagónicos- hasta aplastar a los Estados fascistas. Logrado este objetivo ha de volverse sin vacilaciones contra su propia burguesía y tender su mano fraternal a los trabajadores que hoy sufren bajo el yugo del fascismo en Italia, Alemania y el Japón para, juntos, dar con el régimen capitalista en tierra. Y sólo acabando con el fascismo en Italia, Alemania, el Japón y con el sistema capitalista en estos tres países y en los Estados llamados democráticos, en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Checoslovaquia, el proletariado no sólo habrá exterminado el fascismo sino que habrá suprimido toda posibilidad de que retoñe. Que no siendo el fascismo otra cosa que un accidente del capitalismo, destruido éste no hay cuidado de que aquél pueda levantar de nuevo la cabeza. Matando al perro, se acabó la rabia.

El proletariado va a purgar sus propios errores.

A fines de 1918, cuando el armisticio puso término a la sangrienta y sangrienta carnicería, el régimen capitalista se tambaleaba. Un año hacía que Rusia tenía un gobierno socialista; en Alemania y en Austria ocupaban el poder los partidos socialistas; poco después asumían el poder en Bulgaria socialistas y comunistas coaligados, y en Bulgaria gobernaban los campesinos. En 1919 y 1920 la ola revolucionaria invadió, tras de los países vencidos, los vencedores, Italia en particular. La revolución triunfó, no obstante. No porque fuera vencida, sino porque fue traicionada. Inmensa traición la de la socialdemocracia internacional que había ya traicionado al proletariado y a la revolución en 1914-, para la que la Historia no encontrará jamás una palabra de disculpa. A ella debemos encontrarnos en la trágica situación en que hoy nos encontramos: abocados a una nueva guerra, más cruel aún que la que hace veinte años engreñaba los campos de Europa, y reducidos, cuando podría desde hace cerca de cuatro lustros gobernar el proletariado los principales países de Europa, a pactar en algunos de ellos con la burguesía para salvar a la Humanidad un retroceso de siglos.

Que, al menos, la generación que en cinco lustros será por vez vez diezmada no olvide la dolorosa lección. Va el proletariado a purgar

gar sus propios errores, el error colosal de haber dejado escapar, entre 1918 y 1920, la hora de la revolución. Hora que la guerra mundial inminente va a marcar de nuevo en el cuadrante de la Historia.

-o-o-o-

CADA CUAL A LO SUYO, O EL UNDECIMO, NO ESTORBAR

Quando el corte de las comunicaciones entre Cataluña y el resto de la España libre del fascismo dió tintes de gravedad a nuestra situación militar, pudimos asistir a una violenta erupción de demagogia. Que no se produjera por vez primera. En otros tiempos, precisamente cuando en todos los centros de reclutamiento de milicias, en partidos y en sindicatos, se rechazaban voluntarios porque no se disponía de armamento para ellos, a un partido se le ocurrió la peregrina idea de lanzar esta consigna: "Todos los hombres al frente, todas las mujeres a la producción". En Valencia pudimos ver incluso un aborto de manifestación femenina con este lema. Aquello pasó sin pena ni gloria después de haber suministrado durante algún tiempo tema a oradores y periodistas tan cortos de ideas como menguados de honestidad política. Se ha repetido ahora el caso. En esta ocasión, el instrumento escogido para esta campaña demagógica han sido, sobre todo, los sindicatos de la U. G. T.

Ante la agravación de la situación militar, las Juventudes socialistas unificadas, verdadero vivero de emboscados, emprendieron una campaña para la organización de dos divisiones de voluntarios. Cada hora requiere su afán, y no es el de ésta reclutar voluntarios. Digamos las cosas con entera crudeza: el que a estas alturas, superada desde hace largo tiempo la penuria de fusiles que en algún momento padecimos, no ha empuñado voluntariamente un fusil es porque, por las razones que sean, no ha querido. El período del voluntariado ha pasado ya. Lanzar llamamientos para la organización de unidades de voluntarios es correr alegremente, por hacer que se hace, en busca de un fracaso. Mejor sería que quienes nos han ensordecido llamando voluntarios impidiesen a sus afiliados, de secretario general para abajo, emboscarse. Quizá con esa simple medida se recupera se gente suficiente para constituir una división de combatientes. La campaña de las Juventudes unificadas constituyó un fracaso confesado con la decisión destinada a paliarlo de transformar las dos divisiones de voluntarios en una de carabineros, y con la de dirigir llamamientos para que se alistasen en ella a los soldados de reemplazos ya llamados a filas, y que, por consiguiente, de voluntarios no tenían nada.

Pero donde la demagogia hizo estragos fué en los sindicatos de la U. G. T. Comenzaron los directivos de éstos a decretar movilizaciones por su cuenta y riesgo. En unos sitios, se movilizaban tres quintas; en otros, cinco. Dióse el caso de que en Cataluña, en aquellos momentos en gran peligro, la U. G. T. decretase la movilización de todos sus afiliados pertenecientes a tres quintas, mientras en Madrid decidía la de los de cinco reemplazos. Y se amenazaba con negar trabajo a quien no se sometiese a tales decisiones. Así se cayó en el "dislate de sabor y de color fascista", que diría el señor Negrín, de crear un nuevo tipo de voluntarios, los "voluntarios forzosos". Y se dió en la paradoja de que quienes más hablan de obediencia ciega al gobierno-sobre todo cuando de anular las conquistas revolucionarias de Julio se trata-sustituyeran al gobierno, procediendo como si no existiese o como si no sirviera para nada.

La Comisión ejecutiva de la U. G. T., viendo el camino peligroso que muchas de las secciones de esta organización habían emprendido, desautorizó discretamente en una nota oficiosa estas desmedidas actividades movilizadoras. El gobierno tuvo también que salir al paso de los sindicatos ugetistas inspirados o coaccionados por los comunistas, recordándoles que "es, en definitiva, al gobierno a quien corresponde

exclusivamente dar órdenes. Nadie más puede hacerlo, aunque su propósito no fuera otro que el de servir los designios de las autoridades." "La movilización de voluntarios-agregaba el gobierno en una nota oficiosa- es precisamente eso: movilización voluntaria. Quien se haya incorporado de otra manera que no sea la expresamente dictada por su voluntad debe expresarlo así para que el compromiso se considere caducado. El gobierno tiene sus instrumentos precisos para ello, que no son otros sino los de instrucción, movilización y reclutamiento, a través de los cuales puede hacerse el alistamiento, y por cuyo único conducto se imponen los deberes que es preciso cumplir."

En fin, un diario socialista, "Adelante", imprimió en lugar de tachado estas sensatas palabras:

"El férvido impulso, sin control que encauce el entusiasmo, se pierde en energías algareras. Primero dicen las crónicas que fué prevenir. Después, y todo previsto, ejecutar. Golpeando los movilizados en las puertas de los sindicatos reclamando el arma o la herramienta para manejar la cual fueron movilizados, y contestando los movilizados que es necesario esperar a tener cuanto hace falta, no podía ser, por muy ve que la situación estuviese, o por eso mismo, conducta a seguir. Apartar a los hombres de su habitual quehacer para retenerlos en la incertidumbre días y días, cuando son los minutos, y hasta los segundos, los no deben escapárenos sin haber rendido su provecho, era, más que una ayuda, una obstrucción. Disculpable, si se piensa en que la buena voluntad y el mejor deseo empujan a ello. Pero nos servirá mejor, en estos instantes, quien someta su inspiración, antes de traducirla en orden, a las exigencias de la necesidad, por una parte, y por otra a la de la posibilidad. Y aún, en muchas, a la de la oportunidad".

Para reclutar voluntarios o forzosos-soldados, la mejor propaganda es el ejemplo. Nada tan contraproducente y desmoralizador como oír dramáticos llamamientos a empuñar las armas lanzados por robustos venes que sin pudor alguno rehuyen el cumplimiento del deber y hurtan sus personas al peligro. Y para pedir a los demás obediencia al gobierno hay que comenzar por no desobedecerle ni suplantarle. Y, en fin, para que el concurso de cada uno-hombre u organización-a la causa común sea eficaz es lo mejor que nadie invada la esfera de acción que no le corresponde.

-o-o-o-o-

FE DE ERRATAS

En la página 6, en el párrafo que empieza con estas palabras "En 1914, los jefes de los partidos socialistas y de los sindicatos obreros...", donde dice: "Los parlamentarios socialistas se hicieron representar en los gobiernos", debe decir: "Los parlamentarios socialistas votaron los créditos de guerra. Los partidos socialistas se hicieron representar en los gobiernos."

-o-o-